

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

La Novela Semanal Cinematográfica



LA
NOVELA
DE UNA OBRERA

por
ESTELLE BRODY,
JOHN STUART, &
50 cts.



ELVEY, Maurice

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

The Glad Eye, 1927
* La Novela de una Obrera

Poema de la Fábrica

Intérpretes principales:

Estelle Brody y John Stuart

Nacionalidad: *Irish Protestant*

EXCLUSIVA DE

L. GAUMONT

SELECCIONES

DIAMANTE AZUL

PASEO DE GRACIA, 11
BARCELONA

British Cinema por Dennis Gifford
: 57, 142, 314, 408, 444, 478

Prohibida la reproducción
sin el consentimiento
por la censura gubernativa.

J. Riera, impresor - Barcelona

La Novela de una Obrera

Argumento de la película

Una sola vez en el año, durante la breve semana de vacaciones, cesan en su trepidación las fábricas algodoneras de Lancashire en la industrial Inglaterra: el sábado. El sábado es el último día de trabajo; tras él espera la libertad de un breve paréntesis.

Este sábado era para los operarios de la fábrica de Telfcote, más esperado que ninguno; este sábado ofrecía a la dura lucha de su existencia la tregua dichosa de una semana de vacaciones.

Las seis de la mañana. En su humilde y limpia canita bendecida por la perenne sonrisa de una estampa de la Madona que presidía el cuarto, Fanny se revolvió apretujada en las mantas, despertándose. Era la hora de levantarse.

Fanny Halthorne era una chiquilla: dieciocho años. Alegre y viva como una chispa; bonita. Ha crecido, se ha hecho mujer en el ambiente libre de la fábrica. Esto le hace mirar la vida a través de un prisma donde los prejuicios, los convencionalismos, brillan por su ausencia.

A aquella misma hora en la confortable y lujosa mansión de Natalio Teffcote, el propietario de la fábrica, la vida se despertaba también.

Natalio Teffcote era un hombre duro, noble, en el que la opulenta posición social a que le había ascendido su laboriosidad y su tenacidad no había podido ahogar un sentimiento inquebrantable de bondad y rectitud que le hacía ser mirado con simpatía hasta por el más insignificante de sus obreros.

A las siete de la mañana, el excelente industrial cotizaba y estudiaba mientras tomaba el desayuno y se quemaba distraíentemente los dedos en la austera pipa de madera.

Su esposa, señorial y perezosa en su "deshabillé", vino a darle los buenos días. Natalio se sorprendió de verla tan temprano levantada.

—Ya puedes llamar a Alberto, Alicia — dijo él.

La señora subió a despertar al hijo, envuelto en las sedosas sábanas del lecho de oro. El mozo sonrió al mirar la hora y se volvió a dormir.

No podía hacer lo mismo Fanny Halthorne, la hija del empleado del rico Teffcote. Su madrastra la apremiaba:

—Date prisa, hija mía... Vas a llegar tarde a la fábrica.

Y Fanny, ligera y ágil como un pájaro, levantóse, arreglóse, preparó su maleta y bajó al comedor.

Su padre, Cristián Halthorne, era el trabajo, la fidelidad en persona. Cincuenta años

hacía que había entrado en la fábrica de Teffcote y era para su principal, más que un subordinado, un camarada excelente.

La madastra de Fanny no necesitaba apremiar a su marido; al contrario, más bien tenía que reprenderlo:

— ¡ Siempre tienes miedo de llegar tarde!... ¡ Es eso lo que te pierde! ¡ Deberías ser socio de Teffcote, en vez de simple encargado!

Y Cristián, humilde y apagado, sonrió a su mujer sin contestar.

Fanny acababa de tomar su desayuno y avisaba a su madastra:

— Ya no volveré aquí, mamá Margarita y yo tomaremos el tren para Blackpool al salir de la fábrica.

A aquella hora, la aludida Margarita, amiga de Fanny, dormía todavía. Su padre, el viejo Samuel Hollins, la despertó suavemente. Para el anciano vigilante de la fábrica, no había en el mundo flor más bella que su linda hija. Ella era su alegría, su ilusión, la única razón de su vivir.

En la calle hervía un gran rumor de voces y de pasos. Era la hora de entrar a la fábrica, y los obreros se encaminaban a su trabajo lle-



— Nos veremos en Blackpool, ¿verdad?

nos de la alegría de su esperanza de holganza y libertad.

Cuando Fanny salió de su casa se le acercó Carlos Gerard, un buen trabajador, muchacho honrado e inteligente que de buena gana

hubiera trocado su calidad de camarada de Fanny por la de prometido.

Se estrecharon las manos.

—¿Nos veremos en Blackpool, verdad? — preguntó él.

—Claro...

Sibaban los pítos, y los pasos se apresuraron hacia la fábrica.

+

Un criado penetró en el despacho de Natalio Teiffote y anunció:

—Su excelencia el alcalde.

Este entró cononcando su protuberante barriga.

—Natalio — dijo —, vengo a comunicarte que no vamos a pasar la semana de vacaciones a mi casa de campo, como pensábamos. Lo siento por Alberto... Mi hija Beatriz viene conmigo a Londres...

Natalio sonrió maliciosamente...

¿Viaje de negocios?...

El alcalde miró por la ventana del despacho desde donde se veían, enfrente de la casa, los automóviles de su hija Beatriz y Alberto, el hijo de Teffcote, que estaban hablando.

—...¿o preparativos de boda? — terminó Natalio.

Abajo los dos jóvenes justificaban la conversación de sus padres. Beatriz Farat, la hija del alcalde, y Alberto Teffcote, el hijo del fabricante, tejían desde hacía tiempo la tela dorada de un idilio que las dos familias miraban con arrobamiento.

—La pareja más feliz de la comarca. Natalio Teffcote decía el alcalde palmeando la espalda de su amigo.

—Y, contando con tu dinero y el mío, la más rica también, Juan Farat.

Beatriz Farat se quejaba, mirando amorosamente a su novio:

—Ya ves, tendremos que estar toda una semana sin vernos...

John, el amigo de Alberto, propuso, interviniendo en el coloquio de los enamorados:

—Puesto que Beatriz se va a Londres, nosotros podemos salir esta tarde para Blackpool... ¿Cualquiera se aguarda aquí una semana de vacaciones!

Dos horas más tarde, Alberto llegaba a la fábrica y penetraba en el despacho de su padre.

—¡Buenos días, papé!

Natalio, que estaba hablando con Cristián Halthorne, contestó secamente mirando la hora:

—Buenas tardes, diría mejor.

El buen Halthorne enseñaba a su principal unos capullos de algodón, exponiendo sus investigaciones y sus trabajos con un apasionamiento lleno de modestia.

Natalio Teffcote le interrumpió, tomó del brazo y observó:

—Me parece, querido Cristián, que obraste de ligera cuando hace veinte años te propuse unir tus economías a las mías y no aceptaste...

Cristián Halthorne movió serenamente la blanca cabeza.

—No lo creas, Natalio — arguyó—; tú no

hubieras podido entenderte con un socio... eres de los que nunca dan su brazo a torcer.

— ¡En fin! — concluyó Teticote hundiéndose de nuevo en el trabajo.

¡Vacaciones! La época más risueña del año. Entre los trabajadores de las fábricas de Lancashire, se abría el camino de Blackpool como un panorama maravilloso.

A Blackpool acababan de llegar, alegres y encantadas, las dos amiguitas Margarita y Fanny.

Disbordadas y felices anduvieron recorriendo incansablemente ávidas y curiosas, toda la ciudad en fiesta, todo el Blackpool, paraíso de los menestrales.

Y se detuvieron temerosas y descosas ante los caballitos y las barracas misteriosas; pro-

melodías y pintorescas. Y todo tuvo para sus ojos cándidos y vírgenes un alto prestigio de maravilla...

Fanny observó que las miraban unos muchachos elegantes. Recibió la sonrisa de uno de ellos y lo miró también.

—Es Alberto Teffote... — explicó Margarita.

Fanny se encogió indiferentemente de hombros.

Alberto miraba también a la inquieta y reidora muchachita. Y John indicó:

—Es una obrera de la fábrica: Fanny Hawthorne.

Se acercaron. Se hablaron. Tiraron al "pam-pam-pam". Rieron. Salieron a las montañas rusas y sintieron toda la locura del vértigo y la inefable iniciación del amor... Cuando terminó la vuelta, Alberto y Fanny, abrazados como dos niños que han tenido miedo, sonreían fatigados y dichosos.

Tuvieron que llamarles fuerte, para que saliesen de su venturoso olvido y desocuparan la vagoneta...

Y ya toda la tarde, las dos parejas, inseparablemente unidas, recorrieron y gozaron todas las atracciones, llenas de sensaciones pueriles.

De noche, en el baile, en el inmenso salón de baile de Blackpool, Carlos Gerard y su compañero buscaron, asomados a las barandas que daban a la enorme sala, a sus compañeras de la fábrica de Lancashire.

—¿Dónde estarán Fanny y Margarita?

De pronto el compañero de Carlos divisó la graciosa y rubia calocita de Margarita Hollins que se hurtaba a las atrevidas insinuaciones de su bailarín. Los ojos ansiosos de Carlos descubrieron a Fanny cuya mirada se hundía dulcemente en los ojos de Alberto Teffote.

—¡Han encontrado pareja! — exclamó el amigo de Carlos—. ¡Y de las de primera!...

Y confusos, sintiendo toda la impotencia de su humildad, se retiraron.

Abajo, ellos seguían bailando, felices. John había besado descaradamente a Margarita y ahora se dolía de un bofetón demasiado serio.

Alberto y Fanny aproximaban lentamente

sus cabezas para sentir mejor sus miradas... Fanny, sugestionada por la música, por la obscuridad propicia del salón que quebraban de vez en cuando los reflectores de colores, y por los ojos suplicantes de Alberto, sonreía callada y rendida... Y sin saber cómo, sintió estremecerse todo su ser, y sus bocas se encontraron inspiradamente, prolongadamente y temblorosamente unidas...

Se apartaron e se miraron con profunda delicia. Siguieron el baile inconscientemente, sólo por el placer de encontrarse abrazados.

Terminó la música, y las dos parejas se reunieron. Fanny propuso:

—¿Y si saliésemos a ver la iluminación de la ciudad?

—¡Vamos! — asintieron ellos.

Y las dos amiguitas corrieron hacia la puerta embriagadas de ilusión y de alegría.

John detuvo a Alberto y le murmuró al oído:

—No nos sigáis... Vosotros por un lado y nosotros por otro.

Y salieron como mariposas anhelantes hacia la lámpara dorada de la ciudad en fiesta. Black-

pool, creada para el recreo, era en aquella hora una luz de luz.

Y las dos muchachas, extasiadas ante las



Y la noche murmuró a su oído todas las seducciones.

maravillas del paseo, deslumbradas por tanta claridad y tantos halagos, no se daban cuenta de que pisaban una senda peligrosa.

Y la noche murmuró a su oído todas las se-

dunciones, y los labios de John y de Alberto rezaron en sus labios la divina oración del amor...

Margarita llegó tarde a la habitación que ella y Fanny habían alquilado en una casa de huéspedes de la ciudad. John la acompañaba.

Y mientras tanto, en la soledad de las calles, protegidos por la noche y fasciados por el encanto de la aventura, Fanny y Alberto se entregaban al amor y caían bajo sus alas de fuego...

Cuando el sol mañanero entró como una carcajada de luz en la habitación, entró también, como un sollozo, la vencida Fanny.

Sentóse encima de su cama y vió dormir a Margarita. Suspiró.

La amiguita despertóse:

—¿Ahora vienes, nena? — preguntó, levantándose y reuniéndose con ella.

Fanny callaba, triste y absorta.

—¿Qué tienes?...

La mirada de Fanny, al caer sobre la temerosa interrogación de los ojos de Margarita, fué una afirmación.

—¿Qué has hecho, criatura? ¿Qué horror, Dios mío!

Fanny se levantó y corrió al espejo. Se ten-



—Alberto me besó a Linduduo...

tó la cara, pàida, se miró los ojos consumidos y febriles, se tocó la boca seca... Y rió su juventud. Se peinó y se encontró bonita, más bonita que "antes".

Volvió al lado de Margarita.

—Alberto me lleva a Llandudno para pasar allí el resto de las vacaciones — anunció feliz.

Y en los ojos azules de Margarita brilló la risa otra vez. Confidencias...

Luego vió Fanny al lado del espejo una postal grotesca y fué a buscarla alegremente. Escribió en su dorso y se la dió a Margarita, diciéndole:

El sábado echa esta postal al correo desde aquí. Así mis padres creerán que no he salido de Blackpool.

Y Fanny, loca de ilusión y ebria de amor, fué a Llandudno con Alberto. Y perdidos en la ciudad apartada, solos el uno con el otro, vivieron unos días plenos y bonitos de pasión y de debicia.

Cuando ya no quedaban más que algunos días de libertad, la madre de Alberto recibió noticias de su hijo y fué al despacho de su marido a comunicárselas.

El industrial conferenciaba con el buen Halt-horne, el único de los trabajadores que no aprovechaba las vacaciones...

Natalie se lo observó afectuosamente:

—Haya fiesta o no la haya, tú siempre en el trabajo, Cristián... Lo mismo que yo.

—¡Qué quieres!... ¡Es uno ya viejo!...

Entró la señora.

—Alberto ha teleografiado desde Llandudno... — dijo — pide cuarenta libras para terminar de pasar las fiestas.

Quiso protestar un poco el severo industrial, pero al fin extendió el cheque.

Cuando Cristián llegó a su casa, dijo a su mujer:

—Natalie no le niega nada a su hijo... Ahora acaba de mandarle cuarenta libras a Llandudno.

La esposa, seca y rugosa, implacable, condenó:

—¡Buena está, la juventud! Seguramente las querrá para gastarlas con alguna pájara...

De la calle venía un vocerío asombroso. Salieron. El viejo Hollins, extraviado, enloquecido de dolor, desfallecía con un telegrama en su crispada mano, entre la curiosa solicitud de los vecinos.

La señora Halthorne tomó el papel fúnebre y leyó:

Siento comunicarle que su hija Margarita se ha ahogado. Venga en seguida a Blackpool.

Carlos.

—¡Horror! — exclamó la mujer, tendiendo a los vecinos el telegrama.

De súbito su rostro se contrajo bajo el efecto de un presentimiento terrible.

—¡Dios quiera que a Fanny no le haya sucedido nada!

Y entretanto, en Llandudno, Fanny y Alberto, ajenos al drama, se abandonaban a su amor confiadamente.

—No temas por mí — tranquilizaba la joven, besando a su amado—. Puedes estar seguro de que Margarita no divulgará nuestra aventura.

¡Qué poco podía suponer ella que su confianza estaba demasiado justificada!

Δ

Carlos Gerárd y los esposos Halthorne acompañaron a Blackpool al desventurado padre.

Y la habitación que era hacia pocos días nido luminoso de las ilusiones de aquellas dos mariposas escapadas a la libertad, se convirtió en la enlutada casa del Dolor...

Todos asistían mudos y respetuosos a la tragedia del padre amantísimo, al que ni el consuelo de abrazar y de ver el cadáver de su hija le había sido permitido, y para cuya amargura no había más testimonio que los objetos que pertenecieron al amado ser desaparecido.

La ansiedad paternal de Cristián no pudo

contenerse al no encontrar a su hija allí, y preguntó a la huespeda:

—¿Y Faany?

—Faany no está aquí desde el domingo.



Todos asistían, mudos y serenos, a la tragedia del padre.

Interrogaron los ojos atónitos de los padres y respondió Carlos, dolorido también:

—La última vez que la vimos estaba bailando con Alberto Jefeote.

Hollins había encontrado entre las cosas de su hija la postal grotesca dirigida a los Halthorne, y la tendió a Cristián. Su mujer se apoderó de ella y, después de leerla, exclamó:

—Ahora lo comprendo todo... Faany la dejó, sin duda, a Margarita esta postal para que ella la echase al correo...

La tarjeta, dirigida a su nombre, decía:

Queridos papás: Llegaré mañana.

Faany.

Todo un horrible velo se rasgó ante los ojos de los padres, descubriéndoles una violenta perspectiva de venganza.

Fanny se había despedido de Alberto, ante la llegada de la fecha inexorable del regreso, diciéndole:

Es más prudente que me dejes en Manchester... Allí tomaré el tren para volver a casa.

Y así, Francy había podido llegar a Lancaster normalmente, libre de contratiempos ni de sucesos.

Antes de entrar en su casa, se detuvo un momento vacilante. ¡ Señor, todo era igual que antes!... Sólo ella había cambiado...

Penetró por fin. Sus padres estaban reuni-

dos alrededor de la mesa. No se atrevió a abrazarles. Y para distraer su nerviosidad se arregló ante el espejo de la chimenea.

¿De modo que te has divertido mucho en Blackpool? — sonó quebrada, contenida, amarga, la voz de la madrastra.

Fanny no supo por qué se sobresaltó, y respondió, fingiendo naturalidad:

Sí, mucho.

La madrastra tenía los puños temblorosos y crispados encima de la mesa. Toda ella vibraba de ira. El padre, en cambio, entristecido y abatido, sólo reprochaba a la hija infiel con la mirada.

La madrastra inquirió, irónica, cruel:

—¿Y Margarita?

Ella encogió de hombros la desprevenición y la ignorancia de la muchacha, quien repuso:

—En su casa la acabo de dejar.

Fue entonces cuando estalló la cólera de la madrastra:

—¡ Mientes, mala hija, mientes! —gritó livida, furiosa—. ¡ Tú no has estado en Blackpool desde el domingo pasado!

Fanny apeló a toda su sercandad y quiso justificarse. Acababa de ver encima de la chimenea su funesta postal y la mostró como un testimonio irrecusable.

—¿Quieres hacerme creer que esta postal la echaste tú misma al correo? —sonrió la madrastra, enseñándole el dorso sin sello y sin timbre.

Fanny reconoció y tembló. Se descomposó y afectó inocencia y ultraje por la terrible acusación materna. Pensó que Margarita la ayudaría a vencer y disimular su real culpabilidad y proclamó:

—¡Voy al lado a buscar a Margarita! Ella os dirá que no estoy mintiendo.

Fue hacia la puerta resueltamente, pero su padre la detuvo tristemente:

¡Cállate, Fanny! No hables más de Margarita... Pasa su padre y podría oírte...

Efectivamente, Fanny oía los pasos cojos de Hollins, más lentos, más pesados que nunca en toda su vida de solitario triste.

El padre explicó a la miraba incomprensiva de Fanny:

—...La pobre Margarita se ahogó en Blackpool... ¿Fue un suicidio o un accidente?... Es un misterio que nunca, nunca se podrá esclarecer...



—*Voy al lado a buscar a Margarita!*

Fanny vió desmoronarse todo su horizonte bajo un alud obscuro de desgracia. Se tapó, acobardada, la cara con las manos.

La madrastra insistió:

—¿Con quién has estado todo ese tiempo?
¡No lo niegues!... ¡Has estado con un hom-
bre!

Fanny se levantó entonces al sentir su dolor
irritado y se disculpó:

—Déjame ya!... Si no me hubiera ido con
él a Llandudno, quizás me hubiera ahogado
como Margarita.

—¿Has estado en Llandudno?... — exclamó
la madrastra—; Entonces, el hombre que
te acompañaba no puede ser otro que Alberto!
Es Alberto Teffcote, ¿verdad?

Fanny levantó sus ojos empañados de lá-
grimas, para negar. Pero su madrastra estaba
ya segura.

Era Alberto Teffcote... Teffcote... —
murmuraba, rabiosa.

—¡No era él... no... no! ¡No era él!

—¿Te ha prometido casarse contigo?

Fanny se rebeló, digna y firme:

—¡Eso a nadie le importa más que a mí!

La madrastra, sofocada, exaltada, desahogó
su cólera en golpes sobre su hija. Cristián inter-

vino separándolas, y Fanny subió a su cuarto
sollozando.

—¡Es terrible, Cristián!... ¡Tú que siempre



...desahogó su cólera en golpes sobre su hija...

me decías que tu hija era una santita!... —
se abatió la señora Halthorne.

—¡Alberto... el hijo de Natalio!... — de-
ploró, angustiado, el padre—; Y Natalio y yo
éramos como hermanos!...

—Hay que andar listos para buscar solución a esto... No puede haber otra resarción más que el matrimonio... Es preciso que vayas a



—¡Es terrible, Cristián!...

ver a Natalio esta misma noche... ahora mismo...

Pensosamente Cristián tomó el sombrero y a pesar de lo intempestivo de la hora, la una

de la noche, se encaminó a casa de su principal y amigo.

Entretanto en su cuarto, Fanny lloraba por la tragedia de su amiga.

—¡Pobre... pobre Margarita! — sollozaba.

En su suntuoso dormitorio de magnates, los esposos Tefcote se disponían a acostarse.

Natalio, sentado al borde de la cama, escribía todavía mientras su mujer observaba:

—No me explíen cómo no haces tu socio a Alberto, cuando se case con Beatriz.

Natalio respondió a su esposa rindiéndole un pliego en cuya cubierta leyó ella, satisfecha:

Natalio Tefcote

y

Alberto Tefcote

Escritura de Sociedad

—No hay otro como tú, Natalio! — se admiró contenta, doña Alicia—. Pero ¿por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque me gusta verte hablar, Alicia.

Un criado anunció la inesperada visita del encargado de la fábrica. Natalio Tefcote se inquietó.

—¿Cristián Hawthorne aquí... y a estas horas! Debe estar ardiendo la fábrica!

Bajó precipitadamente. Pero el aspecto confuso y acongojado del buen obrero, no indicaba la catástrofe que había temido el industrial.

Una nerviosidad intensísima agitaba al padre de Fanny.

Natalio le apaciguó con unas palmadas afectuosas y le ofreció tabaco.

—Calma, calma, Cristián... Recuerda los buenos tiempos, cuando fumábamos juntos y hacíamos proyectos para el porvenir.

—Recuerdo, Natalio... recuerdo que había un campo de amapolas en el sitio en que se construyó esta casa...

—Vamos a ver, cunatarada, ¿qué te sucede?..

Supongo que no habrás venido a hablarme de las amapolas...

Nuevamente se turó el obrero. Balbució:

—Es a propósito de mi hija...

Comprendió Natalio, y preguntó:

—El causante del disgusto es algún muchacho, Cristián?

—¡Sí!...

—¿Le conozco yo?

—¡Sí!...

—¿Trabajó en mi fábrica?

—¡Sí!...

El padre de Fanny estrujaba el sombrero entre sus manos lividas.

—Bien, Cristián — resolvió Teñcote —, no hay que tomarlo muy por lo dramático... Varias parejas empezaron así y hoy son muy felices...

—¿Casándose?

Claro. Si ese hombre no se casa con tu hija lo despediré de mi fábrica, sea quien sea.

Cristián Halthorne se levantó grave y pálido.

—Ese hombre es tu hijo — reveló.

—¡Mi hijo! ¡Que idiota!... ¡Y tu hija peor que él!... Ya me fijé en ella muchas veces; tiene pájaros negros en la cabeza.

—Es cierto... a pesar de ser su padre no



—Ese hombre es tu hijo.

puedo defenderla... A nadie escucha, no hace más que su santa voluntad...

Teñcote se paseaba violento, iracundo, por la habitación.

—Natalio, esto es tan duro para ti como para mí... — dijo el obrero.

—¡Si tú supieras, Cristián!... Si tú supieras los planes que mi hijo me había hecho concebir... ¡Y ahora este estúpido accidente lo echa todo por tierra!... Pero yo te prometo que esta misma noche voy a arreglar este asunto...

En aquel momento regresó Alberto. Cristián salió tristemente y Natalio Teffecte, encarándose con su hijo, rugió mirándole terriblemente:

—Si me dejara llevar de mi genio no sé lo que haría... no sé... ¿Por qué no has dejado en paz a esa chica?... ¿No te doy yo todo el dinero que necesitas para que te diviertas con otras?

—Papá...

Natalio continuó, implacable:

—Tú, sin embargo, sabrás que Cristián y yo somos amigos de la infancia, que las afrentas que a él se le hacen, se me hacen a mí también. ¡Tú te casarás con esa muchacha!

—Eso es fácil de decir, papá... pero refle-

xiona un poco; son tus mismos proyectos los que se destruyen si yo no me caso con Beatriz Farrar.

—¡Es cierto... mis proyectos!... Ese matrimonio hubiera reunido las dos fábricas más importantes de Lancashire, y habiéramos sido casi reyes. Pero la justicia es antes que nada. Tú debes casarte con Fanny y palabra de honor que yo me cuidaré de que lo hagas.

—¡Y yo cuidaré de que no se cometa ese desatino! — intervino doña Alicia que asomaba en la escalera toda trastornada.

—¡Tú habla cuando te pregunten!... — ordenó su esposo—. ¡En esta casa, el único que manda y dispone soy yo! Tú vete a acostar — dijo a Alberto.

Doña Alicia se dejó caer anodadada sobre un sofá y suspiró;

—¡Llandudno!... Yo conocía ese pueblo y estuve allí más de una vez... pero ¡qué odioso me es ahora! Pero, ¿cómo pudo hacer eso Alberto?... En nuestra familia no hay un solo precedente.

—Quizá fue a buscar el precedente en el

propio Adán — dijo su marido—. Mira, Alicia, no exageremos las cosas... no estamos ante un crimen horrendo, sino ante un pecado de juventud...

*

Aquel golpe de la fatalidad repercutió con estruendo en la mansión de Juan Farrar, el honorable alcalde de la población.

Los tres hombres, Natalio Teficote, su hijo y Juan Farrar, se encerraron en la sala de billar dejando solas a las mujeres desoladas.

— ¿Y vas a ser capaz de desdeñar a mi Beatrix por una obrera de tu fábrica? — interrogó el alcalde a Alberto.

El joven golpeó nerviosamente al asiento con el puño. Natalio Teficote sonreía.

— Piénsalo bien, muchacho... Nadie puede obligarte a casarte contra tu voluntad.

Entonces intervino Natalio:

—Es cierto... nadie... Pero nadie puede obligarme a mí tampoco a dejar mi dinero a quien se me antoje...

Alberto se rebeló firmemente:

—Yo me siento capaz de ganarme la vida... y el señor Farrar me ayudará...

Su padre sonrió irónicamente.

—Pregúntaselo a él — dijo.

Alberto volvióse hacia el padre de Beatriz: el buen señor, metidas las manos en los bolsillos y embotado el semblante, se balanceaba sobre la punta de los pies, en actitud de desentendido.

—¡Guárdense ustedes su dinero!... — se exaltó el joven—. Yo me quedo con Beatriz... Ella y yo, apoyados en nuestro amor, sabremos salir adelante.

Y salió de la estancia. Fué en busca de su novia, y la encontró en el jardín.

—Beatriz — murmuró sentándose junto a ella—. ¿verdad que me perdonas?

Ella fijó en él sus grandes ojos azules, llenos de rectitud y de firmeza, y repuso:

—¿Me perdonarías tú, Alberto, si yo hubiese hecho algo parecido?

—Es diferente, Beatriz... Fanny ha sido



—Beatriz, ¿verdad que me perdonas?

para mí solamente una pequeña aventura...

—¡Oh! para vosotros, los hombres, es una

aventura sin importancia, lo que es la vida entera, con sus dolores, con sus alegrías para las mujeres...

—Pero yo te amo tanto, tanto, Beatriz... Tú eres la única mujer para mi corazón...

—Dices que me amas, a pesar de todo... Pero ¿cómo puedo yo saberlo?

Alberto se levantó y se arrodilló a los pies de su amada.

—Porque he preferido despreciar todo lo que yo podía esperar del mundo, antes que renunciar a ti.

—¡Alberto! — se conmovió ella.

Cedió a la mirada fiel y sincera de su novio y puso sus labios sobre los de él. Se besaron dulcemente, apasionadamente; pero Beatriz se desprendió de los amorosos brazos que la apretaban contra un pecho adorado y dijo:

—¡No puede ser, Alberto!... Yo te quiero, te quiero con toda mi alma, pero a mis ojos estás ya casado.

Y quitóse del dedo el venturoso anillo de prometida que tantas esperanzas de felicidad le prometía.

Alberto se deprimió:

—¡Comprendo! Te avergüenzas de mi culpa y celebras encontrar un pretexto para librarte de mí.



—¡Alberto! — se conmovió ella.

Salió del jardín violentamente. Volvió a la sala del billar donde estaban todavía el alcalde y su padre y declaró impulsivamente, dolorosamente:

— ¡Me casaré con Fanny Halthorne!

— ¡Bien, muchacho, así me gusta! — exclamó Natalio, satisfecho—. Esta noche, en la entrevista con los Halthorne, será para mí un placer anunciarlo.

Y le cogió la mano estrechándosela. Alberto la desprendió de las de su padre y le miró retador, airado, como el vencido que a pesar de su rendición, conserva su dignidad.

Los Halthorne se hallaban ya preparados para asistir a la conferencia convenida con los Teffcote.

La señora Halthorne se había vestido sus relumbrantes y empingorotados trajes de fiesta y había puesto una corbata y los zapatos nuevos a su esposo.

Era la hora de partir. Asumóse a la escalera y llamó:

— ¡Fanny!

Bajó la cuíquilla. Humilde y graciosa, con su jersey y su faldita tableada, sin sombrero.

Muda y triste, pero digna, tomó su mantuleta y se rodeó el cuello con ella.

La madrastra se escandalizó:

—¿Esa es manera de asistir a una conferencia? ¿Ponte el vestido de los domingos, o no vienes?

Fanny se sentó tranquilamente en una silla y dijo:

—Entonces, no iré.

—Hijita, es preciso... — rogó su padre con dulzura.

Fanny le sonrió cariñosamente, levantóse y echó a andar sin hacer caso de su madrastra.

Llegaron a la magnífica mansión del potentado. Fanny atravesó los regios salones sin desviar la absorta mirada. En cambio, su madrastra se exclamaba admirada de todo y tentaba los cortinajes majestuosos y los brillantes muebles.

En la sala destinada para la conferencia los recibió Natalio Tefcote. Indicó a Cristián su asiento, y Fanny fué a tomarse el suyo en la butaca fronteriza a la de la presidencia, que debía ocupar el señor Tefcote.

—No, aquí no — corrigió él, señalándole el asiento que le correspondía, al lado de su madrastra—. Este es tu sitio.

—Bueno; para mí es igual— respondió la chiquilla.

Y se sentó en el que ella había elegido. Fué a reprenderla su madrastra pero Tefcote le impuso silencio.

Acababan de presentarse Alberto y su madre.

La señora Halthorne se levantó, muy contenta, y expuso:

—Los caminos de la Providencia son misteriosos. Yo casi me atrevería a asegurar que utilizó a Margarita Hollins como instrumento para conseguir sus fines.

Fanny salió en defensa de la memoria de su amiga, tan inconscientemente ultrajada:

—Me parece que eso sería demasiado cruel para la pobre Margarita.

La señora Halthorne continuó, imperiosa:

—Alberto debe casarse con mi hija, y bien a la vista de todo el mundo... ¿No paso por menos?

Doña Alicia intervino angustiada y conciliadora:

—Yo creo que lo más discreto sería un matrimonio civil, sin ceremonia alguna.

Pero la madre de Fanny exigió, implacable:

¡Y por la Iglesia también! ¡Y que haya música y canto de monaguillos y todo lo demás! ¡Es lo menos que podemos pedir!

Hubo un momento de silencio durante el cual todos los presentes meditaban.

Fanny veía, dolorida, decepcionada, el rostro contado y arrado de Alberto, del hombre que había amado con toda su alma y al que se había entregado sin ninguna esperanza, porque las rechazaba su temperamento generoso y noble, pero con toda ilusión. Y entonces supo del amargor del desencanto: para aquel hombre, terminada la aventurilla arrebatada y rápida, ella no era ya más que un obstáculo odioso en su vida libre.

Y sonrió irónicamente al preguntar a la asamblea:

¿Ya han hecho ustedes todos los preparativos necesarios para la boda?

—Sí — respondieron Natalio Teffcote, su hijo y doña Alicia.

—¿Y lo tienen ustedes todo convenido?

—Parece que sí, también.

—¡Olvidan ustedes que yo soy lo esencial y no han contado conmigo! ¡Pues sepan ustedes, señores míos, que yo no quiero casarme con Alberto; que yo, si algún día voy al matrimonio, ha de ser por mi propia voluntad, sin que nadie me obligue a mí ni al novio!

La señora Althorne, loca de indignación, pretendió castigar a la indómita, Natalio Teffcote, sorprendido, impuso silencio y orden, pero Fanny se resistió:

—¡Lo que digo es lo que siento! ¡Y a mí no me grite usted, que no soy de su familia!

Y se cruzó altivamente de brazos en su butaca.

Natalio Teffcote hizo salir a todos y le dijo a Alberto en voz baja:

—Es un poco arisca la muchacha... Quédate tú solo con ella y procura convencerla.

Los dos jóvenes se quedaron solos. Fanny

sintió que una profunda turbación la hacía desfallecer; pero supo reponerse y exclamó:

—Estarás asombrado de que una chica a quien ofrezco una suerte tan loca no se arroje



Y se recostó altivamente de brazos en su butaca.

a tus plantas y te bese las manos, ¿verdad?

—Fanny, por Dios — imploró él —, comprende: si no reparo mi falta casándome contigo, mi padre me deshereda.

Las brutales palabras del amado confirmaron el terrible desengaño.

Una amarga sonrisa abrió la boca de Fanny, aquella boca que le había besado tanto...

—De modo que a ti sólo te interesa casarte conmigo para asegurar la fuente de ingresos, ¿no es verdad? — preguntó irónica.

El rebatió:

—Yo quisiera entender tu punto de vista, Fanny...

Ella negó tristemente con la cabeza. Suspiró:

—Tú te conformas con el dinero, Alberto... Yo, en cambio, soy tan tonta, que no me conformo sin amor. Vale más que dejemos que nuestra aventura sea sólo eso... una aventura... Su recuerdo agradable será lo único que compensará mi desgracia...

Alberto se emocionó a pesar suyo, del noble razonamiento de aquella obrerita, y dijo, mirándola con simpatía:

—No se comprendo bien, Fanny... Pero a través de tus palabras creo entrever un fondo de rectitud y de bondad.

Ella retuvo una lágrima y le estrechó las manos. Luego dijo:

—Cuando tu padre vea que yo no he querido aceptar tu mano, te dejaré casarte con la mujer que quieras... Sólo te pido que en medio de tu felicidad te acuerdes de mí alguna vez...

Alberto permanecía sentado al borde de la mesa, hondamente abatido. Ella le dejó. La ternura infinita de su corazón se rebeló contra la entereza digna de su carácter y la hizo desfallecer; deseó besar aquella cabeza querida, tan acariciada... pero se contuvo.

—Adiós, Alberto — murmuró.

—Adiós, Fanny.

Antes de abrir la puerta para salir a la otra habitación donde esperaban todos el resultado de su entrevista, Fanny sintió aún deseos de echarse en brazos del adorado para recibir el último beso... Se dominó; puso su vida entera en el gesto pueril de besarse los dedos y los tendió hacia él en una ofrenda definitiva y suprema.

Se decidió. Abrió la puerta y salió. Todos se apartaron ante su paso firme y resuelto.

Al llegar a la calle, Fanny tuvo frío, frío de soledad, de desamparo y de dolor. Se arrebujó en su manteleta de obrerita y se marchó a su casa.

Natalio Teffrose dio unas amigables palmadas sobre la decaída espalda de Crística Halthorne, y le dijo:

—Lo siento de veras, amigo mío; ya ves que he hecho todo lo posible... pero has de reconocer que tu hija es todo un carácter.

La madrastra de Fanny, terriblemente encolerizada, salió de la casa maldiciendo a su hija.

Doña Alicia sonreía llena de satisfacción. Alberto, loco de alegría corrió al teléfono y llamó a su novia:

—¡Beatriz, Beatriz! — gritó jubiloso, emocional, como encontrando de nuevo la realidad amable, después de una pesadilla amenazadora — Mi compromiso está roto... Ya no hay entre nosotros nada que nos separe.

Beatriz, desde el otro lado del cable besó en el receptor la voz del amado, desfalleciente le vestura...

Cuando los esposos Halthorne llegaron a su casa, todos los vecinos se hallaban ya delante de la puerta haciendo comentarios.

La señora Halthorne declaró:

—Fanny va a marcharse de casa cuanto antes... Las dos no podemos seguir bajo el mismo techo.

La inesperada salida de la muchacha, con su bagaje en las manos, interrumpió las manifestaciones de la mujer.

—Comprendo que después de esto no debo permanecer a tu lado, mamá... En lo sucesivo viviré sin tener que darle cuentas a nadie de mi vida.

La mano dulce de su padre la detuvo:

—¡Hija mía!...

Fanny dejó sus maletas al suelo para abrazar al buen viejo.



—Ahora no puedo pensar en amar; antes he de pensar en vivir.

—Adiós, papá; no tengas pena...

Carlos Gerard, su buen compañero, se le acercó lealmente.

—¿Quieres aceptar mi cariño sincero y mi hogar, Fanny?

—Gracias, amigo mío. Ahora no puedo pensar en amar; antes he de pensar en vivir...

Y bajo todos aquellos ojos que la vieron marchar, con una apreciación distinta, con un concepto diferente de su rasgo, Fanny pasó, sostenido su corazón agonizante por el brazo firme de la serenidad y de la nobleza.

Y volvió a trepidar la fábrica, indiferente a aquellos dramas minúsculos de los hombres que trabajaban en sus máquinas.

Y de las cenizas de su dolor, surgió de nuevo para Fanny Halthorne la alegría de amar. Carlos Gerard, el compañero devoto y abnegado, había logrado el milagro.

—Fanny — le dijo él mirándola, lleno de esperanzas —, todo está preparado para nuestra boda. El domingo, si tú quieres...

—Sí, Carlos... quiero ser tu esposa... y mi vida entera me va a parecer corta para agradecerte todo el bien que me has hecho...

Sus miradas se besaron con una luz de ternura, y los dos reanudaron animosamente su trabajo; sus vidas se habían reanudado también desde aquel momento.

FIN

Próximo número:

La deliciosa novela

KIKI

por
Norma Talmadge
y Ronald Colman

Superproducción "FIRST NATIONAL"

En breve:

TODOS SOMOS HERMANOS

por Patsy Ruth Miller
Selecciones GRAN LUXOR VERDAGUER

ELLO

por Clara Bow y Antonio Moreno

Es una Producción PARAMOUNT
(según argumento de Eleanor Clynn)

Este mes aparecerá una selecta
publicación denominada

Biblioteca «Nuestro Corazón»

en la que se publicarán bellísimas
novelas sentimentales de autores na-
cionales y extranjeros.

Cada volumen constará de 96 pa-
ginas, con ilustraciones y una artísti-
ca portada a todo color.

PRECIO: 4 PESETA

El primer volumen de esta reco-
mendable biblioteca se titula:

LA QUE SE HIZO AMAR

y es debido a la brillante pluma del
escritor francés *Marcel Proust*, tan
popular en España.

Si lee usted

LA QUE SE HIZO AMAR

la recomendará a sus amistades.

Éxito creciente de

EDICIONES ESPECIALES DE
La Novela Semanal Cinematográfica

Ha aparecido recientemente

CASANOVA

EL GALANTE AVENTURERO

*Lujosa presentación
Sugestivo asunto*

Pida este volumen en todos los quioscos y librerías



PRÓXIMO A APARECER:

HOTEL IMPERIAL

Creación de POLA NEGRI

618

Es una Producción PARAMOUNT

1202

